



**Felipe Poderoso Seseña, 78 años.**  
**Beatriz Rodríguez López, 23 años.**

## Entrenando para la vida

Gracias a él, algunos chavales encontraron en el fútbol la alternativa a las drogas. Felipe Poderoso Seseña, carpintero de profesión, dedicó sus tardes y fines de semana durante quince años a más de un centenar de chavales del barrio de Entrevías. Como entrenador, les enseñó las técnicas del fútbol, pero también las de la vida, siguiendo una filosofía sencilla: "Todos tenemos que refugiarnos en algo positivo". Y lo puso en práctica con sus chicos, a quienes brindó esa oportunidad acogiendo en un equipo donde "todos se encontraban a gusto y no se sentían discriminados, sino importantes y parte de algo".

A sus 78 años, este madrileño cuyo corazón funciona al 30 %, tras un infarto hace varios años, ya no está como para correr detrás de un balón. Pero en su mente siguen presentes las jugadas, el esférico y la ilusión de sus chavales, un día llenos de sueños por triunfar en grandes equipos. Por eso, la mirada de Felipe rejuvenece por lo menos una década al recordarlo todo, y se emociona al revelar a una joven memorias tan importantes, sobre las que ya casi no habla con nadie.

"Éste es un barrio pobre, había mucha droga y estos chicos jugaron conmigo en una edad en la que muchos suelen engancharse. Con el fútbol han crecido por el buen camino, felices y sanos en la mayoría de los casos. Y esta vivencia también fue maravillosa para mí, ellos lo sabían".

Así de contundente es Felipe, a quien no se le escapa que entre partido y partido los chicos se hacían mayores, y que él contribuyó a que eso sucediera "de forma adecuada y responsable", con un aliciente y también con "una labor y una función dentro de un equipo de fútbol".

### Entregado a ellos

"Los chicos no pagaban nada, yo les convidaba a coca-cola y patatas y alquilaba un autocar de 30 ó 40 plazas para llevarles a jugar a la ciudad deportiva del Real Madrid", donde ganaron a los merengues el mismo año en que habían sido campeones de Europa en su categoría.

Benjamines de 7 y 8 años y cadetes de 14 y 15. De la mano de Felipe no sólo pisaron su primer campo de hierba natural, sino que ganaron "los juegos municipales, en los que se enfrentaban los mejores de cada distrito para luego jugar por el premio de la comunidad", donde llegaron a ser subcampeones.

"El Madrid me nombró ojeador. Podría haber ganado mucho dinero, pero me dediqué a lo mío, a mis chicos", afirma. Chicos que hoy son hombres, padres de familia, y muchos de los cuales le han invitado a sus bodas y le han homenajeado después en varias ocasiones, reuniéndose todos y dándole a Felipe una sorpresa.

"Me falla la memoria, se me olvidan muchas cosas". Los recuerdos a veces no son más que retazos, nombres y flashes de tardes de sudor, lluvia, esfuerzo y goles, alguno en propia meta. Por eso no recuerda con exactitud cuál de sus chicos es el que hoy es jugador profesional en el Rayo, aunque sí sabe que fue Aparicio el que jugó en el Pinto de portero junto a Iker Casillas, y que otro de ellos, Miguel Ollero, tardó en conseguir su



plaza en el Madrid porque, aunque era muy bueno, pecaba de prudente y callado. "Un día le dije que pidiera todos los balones y que subiera rápido por la banda..., ¡al final le cogieron!".

También recuerda a Edu, que con sólo 7 años "jugaba genial, pero era un caradura" y le plantó cara al "míster". Años después Felipe le animó a que se dedicara al fútbol: "Si no estudias ni haces nada, ponte a jugar en serio porque tienes cualidades". Y las aprovechó, en el Rayo y en el Extremadura. Aunque el peor susto y recuerdo que guarda de este joven es que uno de sus hermanos, que también jugaba, engañó a Felipe, asegurando que Edu había tenido un accidente y que necesitaba dinero. "Pero lo quería para la droga", se lamenta hoy, triste porque no consiguió alejar a todos sus chicos de los problemas y los peligros contra los que lucha cualquier padre.

"Todos guardan muy buen recuerdo de mí", reconoce con evidente orgullo, y le saludan cuando se cruza en el barrio con ellos. Para él la razón está muy clara: "traté a todos por igual, sin discriminarles, entrenando también a gitanos y haciendo que se relacionaran entre todos".

### Un míster adorado

"Cariñoso, buenísima persona, entregado y generoso" son sólo algunos de los epítetos con los que tanto su mujer, Encarna Rubio, como Antonio "Cubala" -uno de aquellos chavales que entrenó- describen a Felipe, que hoy dedica sus mañanas a leer el As y la prensa gratuita en el Centro de Servicios Sociales de la calle Yuste, en el mismo barrio donde entrenó a sus chicos y que pronto abandonará porque se muda a Palomeras. Allí, en un piso nuevo y con ascensor, intentará convencer a su esposa, "muy trabajadora y responsable, pero algo pesimista", a salir de casa, de la que "apenas sale por problemas de rodilla".

Precisamente ella, con mejor memoria que Felipe, explica que su marido era "como el flautista de Hamelín", siempre rodeado de chiquillos, y para muchos una figura paterna, bien porque eran huérfanos o porque procedían de familias problemáticas donde se les prestaba poca atención. "¡Aburrída me tenía!. Me subía las botas llenas de barro y, mientras yo servía en tres casas, él les compraba patatas y coca-cola a los chavales", continúa Encarna, que en el fondo se siente orgullosa y asegura que "no existe en el mundo mejor persona que Felipe, que es tan bueno. Demasiado".

A punto de despedirse del que ha sido su barrio durante casi toda la vida, reconoce que va a echar de menos a todos. "Cuando paso por el parque y veo a las vecinas, que me dicen que parece mentira que nos marchemos, me emociono". Y su ausencia no pasará inadvertida, porque Felipe no sólo es conocido en su distrito por haber sido entrenador, sino por su aparición en los noventa en el concurso "El semáforo", de Chicho Ibáñez Serrador, donde se lo pasó "bomba", a pesar del "mal rato" que le hizo pasar a su mujer. Al parecer, ella estaba avergonzada porque, para hacer reír -uno de los objetivos del programa-, cuando le preguntaron por ella, Felipe dijo: "está subida a la lámpara y aburre a las cabras".

Ésta y otras anécdotas son para él son recuerdos entrañables de su vida. Una vida, tan activa como marchosa. Este mismo viernes, como otros, se acercará a El Pozo "a bailar rumba" y, si le piden que se suba al escenario, repetirá encantado y bailará para todos. Precisamente allí, donde hay dos escuelas de fútbol -del Real Madrid y del Rayo Vallecano-, entrena un chico de ocho años, el hijo del quiosquero de su barrio, a quien va a ver cada domingo a la escuela deportiva. "Es súper-cariñoso y si mete gol y



me ve, me lo brinda. Me emociona”, asegura con los ojos vidriosos. Como si fuera uno de sus chicos.

## Lo importante de la vida

Felipe no se deja llamar de usted, quiere que le tuteen, y se dirige a muchos chavales y jóvenes con las palabras “tronco” o “tronquito”. Le encanta bailar la rumba, hablar con todo el mundo y sentirse activo. Casi ochenta años de experiencia avalan su consejo: “Disfrutar la vida”.

“Por su puesto, aprecio la vida y la salud. Camino, no bebo, no fumo y no como mucho”. Una de las cosas que más aprecia. la ha disfrutado durante varios lustros: el fútbol como metáfora de la vida; así lo entiende él. “Aquellos años como entrenador me enriquecieron muchísimo como persona, social y culturalmente. Supe valorar y tratar a las personas, aunque fueran niños, porque precisamente ellos me enseñaron que, con mi buen comportamiento y mi cariño, respondían. Y vi resultados”. Su experiencia como entrenador es precisamente una de las que más le ha enriquecido después de ocho décadas.

Trató bien a los suyos, por eso sabe que ninguno de los niños ha hablado nunca mal de él. “Ahora veo a otros entrenadores, que tratan mal a los chicos y les berrean... qué pena. Así no se educa a un niño. Soy padre de dos hijos, que me han dado tres nietos, y sé de sobra que con los chicos hay que hablar”.

Como si se tratase de un decálogo del buen entrenador o del buen ser humano, Felipe expone una retahíla de deberes y consejos: “hay que relacionarse con la gente, pero hay que escoger las compañías; hay que estudiar, ¡por descontado!; hay que ser sincero y hablar con tus padres; hay que estar con los amigos y hablar con todos, no ser racistas; además de estudiar, es importante hacer alguna actividad que te guste y no encerrarse en casa con el ordenador...”.

“Además de vivir esta experiencia como entrenador, he visto esto con otros chicos, mis hijos nunca han jugado al fútbol pero han salido fuera y han hecho muchas cosas que les han enriquecido, y han crecido responsables y trabajadores”.

También ha visto el lado opuesto de todo esto, como entrenador de fútbol-sala en dos colegios madrileños muy conflictivos y con niños criados en el seno de familias muy deprimidas y problemáticas. “El nivel de los padres se nota en los críos”, no sólo económica sino culturalmente. Por eso reconoce la tarea difícilísima a la que se enfrentan los profesores, que además tienen una función y un trabajo muy importantes como educadores, “aunque son los padres los primeros responsables de los chicos”.

“En pocas palabras, mi experiencia como entrenador, como padre y como ciudadano me ha enseñado a ser más persona, a razonar y a comprender a los demás, a saber tratar a las personas como seres humanos”.



Lo tiene muy claro, lo más importante son "las personas". Al menos a él le hace feliz ver que la gente también lo es. Qué buena medicina. Felipe sonríe, con diferencia, muchas más veces que la media de ancianos por el simple hecho de que le agrada observar que el mundo va bien. Pero es "muy sensible" y, si va mal y no puede cambiarlo, sufre.

Se despide regalándote una sonrisa. No te queda más remedio que devolvérsela y sabes que, con ella, ya se siente mucho mejor. Aunque, por si no te has dado cuenta, él te lo recuerda, te hace saber que le ha encantado pasar la mañana recordando por qué le gusta tanto vivir. Vuelve a casa sonriendo.